

Reproducción

Número 103. — Tomo VI.

31 de Enero de 1924.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.



Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Cartas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

No. 103 * 31 de Enero de 1924 * Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

El deseo natural

de todo hombre de ser alguien diferente

por Samuel McChord Crothers (1)

Algunos años ha, presentóse en mi estudio un joven con un manuscrito que deseaba someter a mi criterio.

«Es sólo una pequeña parte de mi obra», dijo modestamente, «y no le ocupará mucho tiempo el revisarlo. En realidad, no es más que el primer capítulo, en el cual explico el universo».

Supongo que todos tenemos aquellos momentos de inspiración repentina en los cuales creemos haber explicado el universo con tanta facilidad, que nos admiramos de no haberlo hecho mucho antes. Ciertas ideas se deslizan en

(1) Clérigo, nacido en Illinois en 1857.

nuestra mente llenándonos de vagos presentimientos de omnisciencia. No es una idea ordinaria que explique sólo un fragmento de existencia. Lo explica todo. Prueba una cosa tanto como podría probar la opuesta. Explica las cosas tales como son, y si hubieran de cambiarse absolutamente en otra forma, explicaría esto también.

Tales pensamientos ocurren generalmente a las cuatro de la mañana. Después de explicar el universo, nos abandonamos a tranquila somnolencia. Y al despertar algunas horas más tarde, no sabemos encontrar la explicación.

De vez en cuando, sin embargo, queda en la mente alguna de estas ideas altamente satisfactorias, para consolarnos en nuestras horas de vigilia. Una idea por este estilo es la que consigno aquí, y que sin duda ha ocurrido en tempranas horas a la mayor parte de mis lectores. Es la de que en todo hombre existe el deseo natural de ser alguien diferente.

Esto no explica el universo, pero explica aquella parte compleja del universo que llamamos naturaleza humana. Explica por qué muchas perso-

nas inteligentes que manejan lo concreto con tanta habilidad, forman tal confusión cuando tratan con sus semejantes. Explica asimismo por qué nos entendemos bien con los extraños y no nos entendemos mejor con nuestros amigos. Explica por qué ciertas personas se ofenden a menudo cuando decimos cosas amables acerca de ellas, y cuando decimos cosas duras las toman como un requiebro. Explica por qué la gente se casa con individuos de tipo y caracteres opuestos y todos viven felices a pesar de eso. También explica por qué otras personas no lo hacen. Explica el significado del tacto y el significado opuesto.

La persona que carece de tacto trata a las demás por métodos científicos como si fueran una cosa. Ahora bien, para manejar una cosa es preciso ante todo descubrir lo que es, y proceder luego en consecuencia. Pero con una persona es preciso descubrir lo que es, en primer lugar, y luego ocultarle cuidadosamente que se ha llegado a hacer tal descubrimiento.

Jamás puede comprender esto la persona que carece de tacto. Jáctase de

tomar a la gente como es, sin advertir que no es así como a la gente le agrada ser tomada.

Observa con ojos penetrantes lo que salta a la vista, y llama la atención sobre ello. Si trata con persona de más edad, inmediatamente acentúa este hecho prodigando atenciones en obsequio a la diferencia de años. Tiene la idea de que en cierto período de la vida el mayor tributo de respeto que se puede rendir es insistir para que la otra persona deje su asiento y tome otro que se supone más cómodo. No se le ocurre que puede haber otros gustos que no sean tan *sedentarios*. Si descubre de otro lado un jovencillo novato, dirígese a él al momento en forma de destacar su inexperiencia, haciéndose así completamente antipático. Porque, extraño es decirlo, al mozalbete le agradaría más que lo tomaran por persona de madurez precoz, y al anciano le agradaría que le recordaran menos sus años.

Aquel que interpreta las cosas en sentido literal, observando que casi todos hablan de su propia ocupación, da por sentado que a la gente le sa-

tisface dicho tema de conversación. Error. Acostumbran hacerlo así porque es el tema más fácil, pero se sienten apocados de que los demás comprendan que su campo es limitado. La profesión de un hombre no coincide necesariamente con sus aptitudes naturales o con sus aspiraciones predominantes. Si conocemos a un miembro de la corte suprema podemos suponer que está dotado de cualidades judicia-rias; pero de ahí no se sigue que sean éstas sus únicas dotes mentales; ni que si demuestra su talento fué- ra de la corte haya de ser precisamente como jurisconsulto.

Mis conocimientos de la realeza se limitan a grupos fotográficos que demuestran en alto grado cualidades domésticas. Parece que la monarquía como ocupación constante resulta tediosa, y que los reyes y príncipes cuando se hacen retratar procuran aparecer hasta donde sea posible semejantes a todo el mundo; y lo consiguen por lo general.

El que pertenece a determinada profesión se siente a menudo lisonjeado de que se le tome por hábil práctico

en cualquiera otra. Haced la prueba con el ministro de vuestra iglesia. En lugar de decirle: «Esta mañana pronunciasteis un sermón excelente», decid, por ejemplo: «Al escucharos argumentar de manera tan convincente pensé que hubierais hecho un gran abogado». Y le oiréis contestar: «Había pensado en dedicarme a la jurisprudencia».

De haber vivido en la corte de Federico el Grande habríais resultado un pobre cortesano si alabais las campañas de Su Majestad. Federico sabía que era un general prusiano, pero quería ser un literato francés. Para conquistar sus favores habríais debido decirle que en vuestra opinión superaba a Voltaire.

No nos agrada en general que se preste demasiada atención a nuestras circunstancias actuales. Pueden ser favorables en cierto modo, pero opinamos que alguna otra cosa hubiera sido más a propósito para nosotros. Siempre sucede que hemos tenido días mejores o que esperamos tenerlos.

Irrita siempre a cualquier sér humano llegado a la madurez el hecho de

que las circunstancias que le rodean puedan tomarse equivocadamente como medida de su personalidad.

El hombre que toma al pie de la letra las cosas, gira en una comedia perpetua de errores. No se trata solamente de dos Dromios. Hay media docena de Dromios bajo un sombrero.

¡Cuán fortuitas son las presentaciones en sociedad, como si fuera la cosa más sencilla del mundo hacer que se conozcan dos seres humanos! Un amigo vuestro dice: «Quiero presentaros a Mr. Stífflekin», y vos contestáis que tendréis mucho gusto en conocerle. Pero ¿sabe alguno de vosotros el enigma que se esconde bajo el nombre de Stífflekin? Podéis conocer su rostro, saber dónde vive y lo que hace para ganarse la vida. Pero eso es todo. Para conocerlo verdaderamente necesitaríais saber no sólo qué es, sino lo que ha sido; lo que él creía ser; lo que pensaba que debería y podría ser si trabajara lo suficiente para ello. Necesitaríais saber lo que él podría haber sido si ciertas cosas hubieran sucedido de manera distinta, y necesitaríais saber qué otras cosas hubieran sucedido si

él hubiera sido diferente de lo que era. Todas estas complejidades forman parte de su propia y obscura apreciación de sí mismo.

La consciencia de lo imperfecto de nuestros conocimientos es lo que nos coarta cuando ofrecemos un servicio a cualquiera. ¿Lo tomará con el mismo espíritu con que se le ofrece?

Fué un momento difícil aquel en que Stanley, después de todas sus penalidades en busca del doctor Livingstone, lo encontró por último cerca de un lago en el Africa central. Stanley tendió la mano y dijo secamente: «¿El doctor Livingstone, supongo?» Stanley había penetrado heroicamente en las selvas ecuatoriales para encontrar al doctor Livingstone y volverlo a la civilización. Pero Livingstone no tenía gran deseo de que lo encontraran y se oponía decididamente a que lo volvieran a la civilización. Lo que ambicionaba era una nueva aventura. Stanley no encontró al verdadero Livingstone hasta que descubrió que el anciano tenía un corazón tan joven como el suyo. Los dos hombres llegaron a conocerse tan sólo cuando comenzaron a proyectar

una nueva expedición para encontrar las fuentes del Nilo.

II

El deseo natural de todo hombre de ser un personaje distinto explica muchas molestias de las pequeñas de la vida. Evita aquella organización perfecta de la sociedad en que cada individuo debiera conocer su sitio y quedarse allí. El deseo de ser distintos de lo que somos nos lleva a desempeñar papeles que no nos incumben. Todos poseemos talentos y aptitudes que sobrepasan los estrechos límites de nuestros negocios o nuestra profesión. Todo individuo siente que es superior a su esfera, y que siempre está haciendo lo que los teólogos llaman «trabajo de supererogación».

La criada formal no está satisfecha de hacer aquello que se le indica. Tiene un sobrante de energía acumulada. Querría reformar la casa en general. Así va al escritorio del amo y le hace sufrir una reforma completa. Arregla los papeles según su manera de entender el orden y la limpieza.

Cuando el pobre hombre regresa y encuentra su caos habitual transformado en un orden aborrecible, se muestra reaccionario.

El grave gerente de una compañía de tranvías no está contento con el simple deber de transportar a los pasajeros barata y cómodamente. Quisiera ejercer las funciones de conferenciante en alguna sociedad de cultura ética. Mientras la víctima de la movilidad se balancea al acaso colgada de una correa, lee una advertencia en que se insta a los pasajeros a usar de cristiana cortesía y no empujar a los demás.

Un hombre entra en una barbería con el simple objeto de afeitarse. Pero se encuentra con ambiciones mucho más altas en el barbero. El honrado industrial no se siente satisfecho con tan pequeña contribución al bienestar humano. Insiste en que su cliente debe darse un *shampoo*, arreglarse las uñas, tomar un *masaje*, recibir el vapor bajo hirvientes tohallas, refrescarse con ventiladores eléctricos y, por último, cuando todo esto se ha realizado, debe hacerse lustrar el calzado.

¿No os habéis sorprendido alguna vez

ante la paciencia de la gente que acepta tantos servicios que no desea, nada más que por no ofender la delicadeza del profesional que quiere hacer más de lo que se le pide? Observad la figura estoica de los pasajeros de un Pullman mientras están de pie aguardando que el mozo les acepille la ropa. Lo más probable es que no deseaban ser acepillados. Habrían preferido indudablemente que el polvo quedase en su ropa en vez de verse compelidos a tragárselo. Pero saben que esto se espera de ellos. Forma parte del ritual solemne de los viajes.

El hecho de que todo hombre desea ser cualquiera otra cosa explica muchas aberraciones de los artistas y literatos. Los pintores, dramaturgos, músicos, poetas y novelistas son tan humanos como las criadas, los gerentes de vías férreas y los mozos del tren. Quieren hacer «todo el bien que puedan, al mayor número de personas, y de todas las maneras». Se cansan de los medios usuales y les agrada buscar nuevas combinaciones. Así, continuamente arman alguna confusión. El artista de cierto género procura introducir efectos

que corresponden a algún otro arte.

El músico quiere ser pintor y maneja su violín como si fuera un pincel. Desearía hacernos ver las glorias del ocaso que está pintando en obsequio nuestro. Un pintor quiere ser músico y pinta sinfonías, sintiéndose apenado porque el espectador falto de cultura no puede oír sus cuadros aun cuando los colores chillan uno con otro. Otro quiere ser arquitecto y edifica sus cuadros como si los hiciera con cubos de ladrillo. El paisaje semeja una construcción de ladrillo, pero a la simple vista no se asemeja a un cuadro. Un escritor prosista se fatiga de escribir siempre en prosa y quiere convertirse en poeta. Así comienza cada línea con letra mayúscula y continúa escribiendo prosa.

Vais al teatro con la sencilla idea shakespeariana de que la pieza es el todo. Pero el dramaturgo pretende ser patólogo; y descubrís que habéis caído en una lúgubre clínica. Buscabais distracción inocente, pero sois uno de los «llamados» y habéis ido al lugar que se os había preparado. Estáis obligado a ver la pieza del principio al fin. El

que tengáis vuestros disgustos propios no es razón suficiente para reclamar exención.

O también tomáis una novela esperando que sea literatura ligera. Pero el novelista tiene otros propósitos. Desea ser vuestro consejero espiritual. Quiere hacer algo por vuestra mente, reorganizar vuestras ideas fundamentales; debe dar un *masaje* a vuestra alma y una acepillada general a todo vuestro sér. Esto a despecho de que vosotros no deseáis ser acepillados ni dispuestos en mejor manera. No deseáis que se haga operación alguna a vuestra mente. Es la única que os gastáis y queréis aplicarla a vuestros propios asuntos.

III

Si bien el deseo de todo hombre de ser alguien diferente explica muchas singularidades de la conducta humana y muchas aberraciones en el arte, no puede considerarse ligeramente que pertenece tan sólo al reino de la comedia. Tiene su origen en la naturaleza misma de las cosas. La razón por la cual todo hombre pretende ser

algún otro es que recuerda el tiempo en que era otro. Lo que llamamos identidad personal es algo muy cambiante, como podemos observarlo cuando miramos antiguas fotografías y leemos cartas de otros tiempos.

Hace unos cuantos años que el hombre más anciano que vive en la actualidad era apenas el normal embrión que podía haberse desarrollado en cualquier forma. En el principio no era más que un conjunto de posibilidades. Todo desarrollo efectivo representa una disminución en la rica variedad de posibilidades. Al convertirse en una cosa resulta imposible ser la de más allá.

El deleite de los niños reside en el hecho de que las posibilidades son todavía múltiples. El niño siente que puede ser todo lo que desea. Tiene la consciencia de poseer la habilidad necesaria para ser un banquero notable. Siente, de otro lado, la atracción de una vida de aventuras en los mares meridionales. Sería muy agradable tenderse bajo un árbol de pan y dejar que el fruto cayera en su boca con gran admiración de los cortesés

salvajes reunidos en torno suyo. O también podría ser un santo; no un santo vulgar de los modernos, que organiza y asiste a tediosas reuniones de comités, sino un santo como aquellos de quienes leemos en los libros, que daban sus ricos vestidos y su bolsa llena de oro al primer mendigo con quien tropezaban, encaminándose luego descuidadamente a las selvas a convertir ladrones interesantes. Siente que podría practicar esta clase de caridad desprovista de ciencia, siempre que su padre le procurase el dinero necesario para repartir.

Pero poco a poco se da cuenta de que el éxito en los negocios bancarios no se aúna bien con excursiones a los mares meridionales ni con las pintorescas e inusitadas formas de santidad. Si ha de estar en un banco, tendrá que hacer lo mismo que los demás banqueros.

Los padres y los maestros conspiran juntos para hacer de él un hombre, es decir, hacer cierta clase de hombre. Todo proceso mental que no se dirija al mismo objeto debe suprimirse. La suma de amonestaciones se concreta

a que debe prestar atención a las cosas. Eso es precisamente lo que hace. El niño presta atención a un montón de cosas que escapan a la mente del adulto. Mientras se rebulle en la banca de la escuela presta atención a todo lo que pasa a su alrededor: observa lo que sucede fuera del salón de clase; se fija en el punto débil de sus condiscípulos contra quienes proyecta expediciones punitivas; y está deliciosamente consciente de la idiosincracia del maestro. Es, además, un artista precoz, y sus esbozos del natural causan viva alegría a sus contemporáneos cuando circulan furtivamente de mano en mano.

Pero el maestro dice austeramente: «Niño, debe usted prestar atención; es decir, no atender a tantas cosas, sino fijarse en una sola, por ahora la segunda declinación».

La segunda declinación es la cosa menos interesante en la sala, pero a menos de prestarle atención nunca podrá aprenderla. La educación exige que la atención se concentre en interés de la eficiencia.

A fuerza de aplicación a determinada

materia puede un hombre ser un buen comerciante o agente de propiedades o químico o superintendente de los pobres; pero no puede ser todas estas cosas al mismo tiempo. Debe decidirse por algo. Habiéndose presentado ante testigos bajo cierta personalidad, con buen o mal acierto, debe abandonar las otras y atenerse a una sola. El resultado es que cuando llega a los cuarenta se ha convertido en determinada clase de hombre y es capaz de realizar sólo determinada clase de labor. Ha ganado en sentido práctico, pero ha perdido la cualidad de interesante.

El profeta antiguo declaró que los jóvenes sueñan y los viejos ven visiones, pero nada dijo de los hombres maduros. *Estos* necesitan mirar por los negocios.

Pero ¿ha cambiado tanto como parece el hombre cuyas horas de labor están tan llenas de responsabilidades? Cuando habla de sus asuntos, ¿está verdaderamente «metido dentro de sí mismo»? Creo que no. Hay personalidades fugitivas que están de incógnito. De igual manera que las mansiones

complicadas de las antiguas familias católicas tenían muros secretos que daban paso hasta el «asilo del capellán» adonde acudía la familia en busca de consuelos espirituales, la mente de los hombres más felices tiene sus cámaras secretas donde se ocultan sus aventuras fracasadas, sus ambiciones románticas, sus esperanzas fallidas. Todo aquello que el hombre soñó posible alguna vez, está oculto en el fondo de su corazón. Por nada en el mundo querría que el público supiera cuánto ama él ciertas disposiciones mentales que no han tenido ocasión de salir a luz. No conocéis a un hombre en tanto que no conozcáis su pérdida Atlántida y las utopías hacia las cuales todavía espera poder embarcarse alguna vez.

Cuando Julio César atravesaba en su carro las calles de Roma, su corona de laurel parecía al populacho el símbolo de su grandeza. Pero, dice la murmuración, que en aquel tiempo César deseaba parecer más joven de lo que era, y que antes de presentarse en público arreglaba cuidadosamente la guirnalda de laurel sobre su

frente con el objeto de disimular que había sufrido pérdidas.

Mucho de lo que se considera orgullo en el comportamiento de los grandes procede del temor de traicionar emociones propias de vida más sencilla.

IV

¿Qué ha sido del arte desaparecido de la infancia, de las pérdidas audacias, ambiciones y admiraciones románticas de la adolescencia? ¿Qué ha sido de la simpatía que nos inspiraba sentimientos fraternales hacia toda clase de personas? ¿En qué se ha convertido la temprana curiosidad por cosas que en nada se relacionaban con nuestros asuntos? Nos preguntamos como preguntaba San Pablo a los galatas: «Comenzasteis bien, ¿qué ha podido deteneros?»

La respuesta no es del todo en contra nuestra. No se desarrollan todas las faces de nuestra naturaleza porque no se les da ocasión favorable para ello.

Conforme avanza la civilización y la labor requiere dedicación más especial, se hace imposible para todos

encontrar facilidades para el desarrollo pleno de todas las facultades naturales en cualquiera ocupación definida. ¿Qué es entonces de las otras cualidades? La respuesta podría ser que precisa procurarles otro campo fuéramos de los límites de los negocios diarios. Conforme la labor se hace más fuerte y concentrada, se deja sentir más urgente la necesidad de períodos de descanso cuidadosamente observados.

El antiguo sabio hebreo declaraba: «La sabiduría procede de las horas desocupadas». Esto no significa que el sabio deba pertenecer a lo que llamamos las clases ociosas. Significa que si se tiene poco tiempo disponible para el descanso, es preciso usarlo sabiamente para refrescar la individualidad oculta. Si no es posible tener un descanso sabatino de veinticuatro horas, se debe aprender a santificar pequeños sábados, así sea sólo de diez minutos.

Durante estos períodos no debe llevarse a cabo labor alguna. No es bastante reconocer y proteger al individuo que trabaja y recibe un salario; el mundo debe ser un asilo para nuestros demás rasgos individuales.

Don Antonio Caso

dando en el clavo

El 23 de Octubre próximo pasado, el ex-Rector de la Universidad Nacional declaró a un Redactor de *El Universal*, con motivo del Certamen Nacional de Educación iniciado por este Diario, lo que a continuación reproducimos:

•Mi concepto sobre el Maestro es el de que, por lo arduo de su misión, merece la mayor consideración social. Particularmente, el maestro de primeras letras, enseñe con el método que enseñe, es digno de honor y de todas las recompensas. Mas de ninguna manera dejo de confirmar mi ya bien sabida opinión sobre los normalistas. Sigo sosteniendo que los normalistas son verdaderos pedantes—¡oh, sus célebres Lecciones de Cosas!—cursis hasta más no poder; mediocres, que sólo superficialidades saben de las ciencias. Jamás nombraría yo a un normalista profesor en la Preparatoria, por ejem-

plo. Un normalista sabe menos que un estudiante preparatorio. ¡Por Dios, el aquelarre de Osuna en la Preparatoria! ¡Jamás! No rechazo la Pedagogía, palabra pedante. Lo que rechazo es el tipo de pedagogo que se llama Normalista, que por estudiar métodos se conforma con medio estudiar las ciencias a que habrá de aplicar esos métodos.

¡Oh, nuestra penuria de intelectuales! Los apuros en que me veía para cubrir las cátedras de la Universidad. A ver: Deme Ud. diez profesores competentes de Historia. Don Nicolás León, don Enrique Schulz... A ver..., a ver..., otro.. ¡No llega Ud. a los cinco!

.....

Respecto de la preparación del normalista, convengo en que debe ser la que le permita sintetizar las ciencias que, precisamente en síntesis, habrá de enseñar en la primaria, y en que una preparación científica para sintetizar las ciencias, sería una preparación lo más amplia, que haría del normalista un verdadero intelectual, digno, redimido de la mediocridad. Mas no es esa la preparación que tienen los

señores normalistas. Que estudien primero y luégo trataremos con ellos.

Bibliografía

BLAS CABRERA: *Principio de relatividad*.—Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1923.

Recoge este libro las conferencias dadas por el autor en el Ateneo de Madrid, en la Sociedad Científica Argentina y en la Facultad de Ingeniería de Córdoba. Nos eran conocidas todas ellas. Recordábamos que el sabio profesor que dejara entre nosotros tan hondo recuerdo, se proponía demostrar que nada existe en las ciencias positivas que esté en oposición con el principio de la relatividad, tanto en su forma restringida como en la generalizada.

Sería ingenuo negar, sin embargo, que las nuevas teorías han levantado en el mundo de los sabios, un sentimiento de recelo y desconfianza. Pero esa actitud defensiva se explica por

una confusión entre los datos experimentales y muchas deducciones lógicas obtenidas a partir de postulados, introducidos las más de las veces bajo formas subrepticias.

El fenómeno es constante. Nos cuesta romper con las asociaciones habituales y todo nuevo punto de vista destruye el cómodo engranaje de viejas ideas tutelares. Hay una inercia intelectual como hay una inercia de la materia; una y otra revelables por la persistencia en la dirección y rapidez primitivas. Las mismas doctrinas que hoy se levantan contra Einstein, no parecieron evidentes a los contemporáneos de su nacimiento. Huyghens primero, Bernoulli, más tarde, rechazaron de plano la atracción newtoniana y es curioso notar que la clave central de sus divergencias reside en esa misma repugnancia a las acciones a distancia que llevó a Einstein a su nueva concepción de la gravífrica.

El libro de Cabrera tiene un gran valor de metodología científica. Nos dice, con perfecta claridad, todo lo que hay de ilusorio en las pretendidas «revoluciones» científicas. Para quien

estudie la historia de las ciencias, como lo hiciera Rey con la física y Brunschvicg con las matemáticas, se impone como una verdad de evidencia, su desarrollo continuo, su laboriosa integración. Un conocimiento científico es la observación precisa de un grupo de fenómenos, más la interpretación de esos fenómenos. Esa interpretación substituye a los datos concretos recogidos por la observación, las representaciones abstractas que les corresponden en virtud de hipótesis implícitamente admitidas por el observador. Hay, pues, en toda ciencia, un grupo inmovible de hechos perfectamente demostrados y un conjunto provisorio de teorías que los sistematizan. La teoría que parece suficiente en un momento dado, no cae cuando el campo de la ciencia se ha ensanchado. Legítima para un cierto número de hechos, continúa siendo válida para esos hechos. Pero como no lo es para los nuevos, cuadra decir, no que ha sido destruida, sino que ha devenido insuficiente. Todo descubrimiento reintegra aspectos de fenómenos que en un principio descuidábamos.

Con motivo de Einstein llegó a hablarse de un derrumbe de la ciencia clásica, de la posibilidad de mundos ficticios, de resplandores en el misterio de las cosas, de la inminencia de una gran verdad a revelarse. No extrañará, pues, que muchas de las grandes sociedades espiritistas dedicaran a las teorías einstenianas algunas de sus sesiones magnas para interrogar el alma de los muertos sobre la buena nueva que nos llega... Es indudable que la responsabilidad del extraño movimiento en el gran público, corresponde por completo al impudor de ciertos divulgadores. Anhelosos por conquistar la vastísima clientela siempre dispuesta a acoger la última paradoja o el último snobismo, no trepidaron en atribuir a Einstein las más caprichosas teorías y las más absurdas deducciones: desde Luciano Fabre, el príncipe de los embaucadores, que llegó a escribir que el éter es «una ficción indecente», hasta el brillante Carlos Nordmann, que no ha vacilado en ofender su libro con títulos de gran guiñol.

¿Qué quedará de ese deslumbramiento casi místico? Blas Cabrera nos lo

dice muy bien: todo el derrumbe se reduce a algunas suposiciones que teníamos por axiomáticas, pero que la nueva crítica nos muestra como *construcciones gratuitas de nuestra mente por extrapolación indebida de ciertos resultados experimentales*.

A propósito del pragmatismo y de sus críticos, William James decía burlescamente que había sucedido lo que sucede a las verdaderas novedades: en los primeros tiempos, se grita que es absurdo, ridículo, extravagante; luégo, casi sin transición, no se ve más que un tejido de banalidades, viejas como el mundo.

Creemos que el einstenismo ha comenzado a vivir su segundo período.

PONCE (*Revista de Filosofía*).

Muy cierto, por lo que hace al einstenismo físico. Pero hay otro einstenismo vago y «casi místico», de que es responsable ante todo el sabio alemán, por haber prescindido del origen biológico de las nociones de tiempo y de espacio. Así se comprende *el algo de más o de menos* de que habla el profesor Bouasse en las líneas siguientes:

«Cuando Fresnel⁽¹⁾ imaginó que el éter vibra como un sólido y, con esta hipótesis, fundó la óptica moderna, la *Gaceta de Francia* no creyó indispensable comunicarlo al mundo entero.

«Cuando Faraday⁽²⁾ mostró que los dieléctricos no son aisladores inertes y echó las bases de la telegrafía sin hilos, el *Times* no cantó loas en su honor.

«Cuando más recientemente se propuso la teoría de los electrones que había de renovar el estudio de la conductibilidad de los gases, el público no recibió ni la más mínima noticia.

«Sin embargo, la gloria de Einstein alcanza la de Carpentier y la de Sivi. Los periódicos están llenos de sus retratos; las mujeres más hermosas forman cola para verlo; anuncia tournées como una actriz y la gente se golpea en su favor o en su contra. Evidentemente que hay aquí, como se dice en Toulouse, algo de más o de menos».

(1) Francés. 1788-1827.

(2) Inglés. 1791-1867.

Dando las gracias

Hemos recibido:

1. *La Nueva Venida de Cristo a la Tierra*, por el ilustrado profesor don Enrique Jiménez Núñez.

2. *La Teosofía al alcance de todos*, editada por los Revs. Padres Capuchinos, de Cartago.—Hacemos propia la conclusión principal de este folleto: La Teosofía dista mucho de ser una ciencia, y mucho menos una religión: a lo sumo lo será de aquellos que no profesen ninguna. **TODAS LAS NEGACIONES Y TODAS LAS AFIRMACIONES CABEN EN ELLA.**